

MARÍA SIERRA
MARÍA ANTONIA PEÑA
RAFAEL ZURITA

ELEGIDOS Y ELEGIBLES

**La representación parlamentaria
en la cultura del liberalismo**

Marcial Pons Historia
2010

INTRODUCCIÓN

EDUCAR NACIONES O ACARICIAR IDEAS

«No se educa una nación como se acaricia una idea, no se llega a la perfección sin pasar por lo mediano, las leyes naturales no las altera el deseo; y la generación que dice: *todo o nada*, impone a la que le sigue un período más de retardo en la progresión de los hechos y lega además a la historia un ejemplo de egoísmo tan estéril como estúpido. [...] Por nuestra parte, abrigamos la convicción más profunda de que el triunfo de lo que hoy se llama la Democracia española es un hecho irrealizable. Para nosotros, esa Democracia es el vapor que encierra una caldera: hombres expertos podrán servirse de él como motor para diferentes usos, pero el vapor por sí sólo nunca tendrá más iniciativa que la de explosión; y la explosión trae consigo la desaparición del vapor».

Enrique O'Donnell, *La democracia española*, 1858.

Más conocido por sus hechos de armas en la Guerra de África que por sus actos políticos, difícilmente comparables en relevancia con los de su hermano Leopoldo —varias veces presidente de gobierno y líder del partido de Unión Liberal—, Enrique O'Donnell fue sin embargo, además de militar, un peculiar escritor político que ocupó en cuatro legislaturas un escaño en el Congreso de los Diputados. Precisamente allí murió repentinamente en 1869, tras una intervención parlamentaria.

Aunque su vida ha quedado oscurecida por la de más afamados miembros de una familia que pareció empeñada en figurar con mayúsculas en las crónicas históricas de aquel tiempo, su personal trayectoria y sus escritos podrían ser bien representativos de las

paradojas sobre las que se construyó en España, como en Europa, el liberalismo. Así, al morir en 1833 Fernando VII y siendo militar de profesión por tradición familiar, Enrique O'Donnell se encontró batallando del lado del Pretendiente en la primera Guerra Carlista, enfrentado por lo tanto no sólo con media España sino también con su mismo hermano, quien, más intuitivo, se había situado resueltamente del lado isabelino. El generoso Convenio de Vergara con el que se dio por cerrado este conflicto permitió su incorporación al ejército vencedor sin rebaja alguna de grado; también posibilitó, parece que sin grandes problemas, su adaptación al nuevo régimen liberal y a su recién estrenada esfera pública. En ella, el otrora realista tomó sin complejos la palabra para defender una concepción de la política que, en nombre de la libertad y el orden constitucional, alternó la crítica a la división partidista con la defensa del nuevo partido de Unión Liberal, y que, sobre todo, convirtió a la Democracia en el principal enemigo del liberalismo¹.

No sólo por su pulsión antidemocrática, las palabras elegidas para abrir este libro reflejan bien el universo de valores, prejuicios y autoridades que conformó la cultura política de la generación posrevolucionaria protagonista de la construcción del régimen liberal español. La convicción de que las sociedades se regían por unas «leyes naturales» de superior factura y anterior existencia a la cambiante voluntad de los hombres, cuyo voluble deseo no podía alterarlas con la misma inconsciencia con la que la mente humana «acaricia ideas», formó parte, como veremos en este libro, de unas concepciones antropológica y gnoseológica muy distintas a las que, en pura lógica filosófica, se esperarían encontrar en el liberalismo político. Antes bien, la matriz del racionalismo ilustrado fue constante-

¹ Además de *La democracia española* (Madrid, Imprenta de Manuel de Míñuesa, 1858, cita pp. 70-71), Enrique O'Donnell firmó *Autopsia de los partidos* (Madrid, Imprenta de J. M. Ducazal, 1847) y *La Unión Liberal. Su pasado, su presente y su porvenir* (Madrid, Imprenta de *El Eco del País*, 1864). La dispersa información biográfica procede de la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, el Índice Histórico de Diputados del Archivo del Congreso, y Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1859. *La Época* dedicó una mínima nota necrológica a su súbito fallecimiento (2 de junio de 1869). Sobre su vida parece proyectarse no sólo la sombra de su hermano, sino también la de su tío, Enrique José O'Donnell, conde de La Bisbal, conocido por su decidida actuación militar en la Guerra de la Independencia y por su equívoco juego entre absolutismo y liberalismo, a quien el catálogo bibliográfico de la Biblioteca Nacional atribuye de hecho la obra citada sobre la democracia.

mente reformulada de acuerdo a las necesidades de una generación que, ávida de referencias de autoridad estables y valladares contra la movilización popular, rechazó las abstracciones universales, particularizó a las sociedades según caracteres distintivos y vinculó el individuo al grupo. Entre los corolarios políticos más destacados de esta geografía mental figura la invención del gobierno representativo, que para el conjunto del liberalismo significó una labor de ingeniería destinada a educar la nación —en palabras nuevamente de este oscuro publicista que fue Enrique O'Donnell—. A través de la representación política, la nación o el pueblo, ya fuera con profundo pesimismo sobre su naturaleza en el caso del liberalismo conservador, ya fuera con mayor optimismo sobre sus capacidades en el caso del liberalismo más avanzado, podría ser educado, conducido y tutelado, compatibilizando el derecho a la participación con la salvaguarda del interés general.

La cuadratura del círculo que supone el sistema representativo moderno se intentó con ahínco en España por parte de una generación de políticos e intelectuales que dirigió su mirada hacia Europa en busca de modelos liberales de gobierno. Es este episodio poco conocido de la historia española el que se propone abordar el libro que el lector tiene ahora en sus manos, un libro que es el resultado de un proyecto de investigación que ha ocupado a sus autores durante los últimos seis años. Nuestra aventura, que ha contado con el apoyo del Plan Nacional de I+D en dos proyectos sucesivos (BHA2002-01007 y HUM2006-00819/HIST), nació de la sensación compartida, experimentada cuando finalizamos nuestras tesis doctorales dedicadas al análisis del sistema de la Restauración, de que en aquellas primeras investigaciones nos habíamos asomado a la historia que queríamos reconstruir a través de una puerta falsa, artificiosamente dibujada por una tradición historiográfica habituada a parcelar en etapas, y engañoso punto de partida, por lo tanto, para intentar explicar la naturaleza y los mecanismos del poder político. Todos los puntos de inicio lo son, pero, en este caso, el convencimiento de que habíamos ofrecido explicaciones que requerían profundizar en la exploración de un tiempo anterior, el de la constitución misma del sistema liberal, nos retrotrajo a la época isabelina y el Sexenio Democrático. Y al elegir una nueva ficción de comienzo, elegimos también un prisma, el de la representación, que nos pareció relevante no sólo por poco estudiado sino también porque permitía relacionar la gestación de las ideas políticas con las necesidades cotidianas de la política entendida como lucha por [...]